

UN DIOS VENCIDO

El tiempo se dejaba suplantar
por la blanca camisa de las olas,
un perfecto disfraz de rítmico murmullo
en la voz de la noche,
cómplices de un espacio sin fisuras
el mar y el transcurrir
en abrazo de esencia y de materia,
universo preñado de humedad,
de latidos insomnes de cielos y cometas
y de besos de amantes celebrando
su abrazo de cadencias y deseos
sobre la arena ansiosa del salitre y el agua.

El tiempo era ese dios inabarcable,
el más grande y profundo,
pero admitía hacerse compañero
del mar y de su abismo siendo esponja
capaz de contener en su interior
las olas, las mareas,
los cánticos de grises tempestades
y las innumerables miradas soñadoras
que buscaban estrellas apoyadas
en las bordas de barcos encendidos

flotando sobre el más profundo azul
que nadie inventaría.

El tiempo jugueteando con un disfraz de mar,
leyendo sorprendido
en la arena mojada de sus horas
la inesperada frase nunca escrita en el pozo
sin fondo y sin final de su memoria
ya pasada o futura, esa frase trazada
por un perfil minúsculo de agua y emoción,
de anhelo y pensamiento, de dulzura y abismo
entre un limpio horizonte y una orilla de vida,
esa frase con luz
de aquel hombre admirando la línea que fundía
el mar y el cielo con sus sueños:
"El tiempo sufre de belleza".

El tiempo no era bello, ni sufría.
Era más, mucho más: un dios del universo.
Pero al oír tal frase
despertó a la poética sin fin de las palabras
y se supo pequeño,
y se sintió vencido al no saber
cómo ponerle un nombre a cada ola.